

de los conjuntos que se han formado en el pasado, pues no existen hechos históricos sino conjuntos o estructuras en los que esos hechos tienen lugar: «A una Historia inmersa en el puro conocimiento de unos hechos... individuales —escribe—, singulares a ultranza, irrepetibles,... había que enfrentar una Historia hecha de datos claro está —cuantos más y más depurados mejor—, pero que no se satisfacía con ellos y no se detenía en su trabajo hasta llegar a poder presentarse como un conocimiento de conjuntos. Los *conjuntos históricos* eran para mí el objeto del conocimiento histórico»¹⁹.

Lo singular historiográfico no se encuentra en los acontecimientos sucesivos que pueden parecer solamente fortuitos y casi azarosos y erráticos, sino en la gravitación de tales acontecimientos en torno a un todo estructural con el que resultan coherentes, y a cuya luz reciben su sentido y su explicación. Maravall evoca ahora otra vez sus diferencias técnicas con el modo historiográfico de Américo Castro —autor que intelectualmente le fue siempre bastante ajeno—, y a este propósito subraya, no obstante, la estima humana que él concedía y debía concederse a los colegas discrepantes o con los que sostenemos discrepancias²⁰.

La historiografía tiene que hacerse con correspondencia o adecuación empírica a lo real del pasado, y esto real no es una pululación poco menos que fortuita de hechos y sucesos, sino un entramado de maneras de estar organizada la vida, de tipos y formas estructurales a los que el estudioso ha de dedicar su análisis para no sólo describirlos o narrarlos sino procurar su interpretación. Uno de estos componentes estructurales de lo histórico es la mentalidad; se trata —decía don José Antonio en otro escrito— de una síntesis vital, «la síntesis en que se ofrece el mundo tal como es entendido para sobrevivir en él y para actuar»²¹.

La actitud ante el mundo y la percepción del mismo, la imagen intelectual que tenemos de cuanto somos y de cuanto nos rodea, constituye la «mentalidad», mentalidad que es uno de los componentes del pasado y de toda estructura del pasado. Las mentalidades median entre los hombres y su actuar, entre los actores de la historia y sus maneras de comportarse y manifestarse²².

Una búsqueda sin término

Con referencia a la historiografía contemporánea la obra de don José Antonio Maravall presenta diferencias o analogías como es lógico; en su espíritu resulta una historiografía bastante distinta de la del «Centro de Estudios Históricos» (Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Américo Castro), y en general análoga a la de Fernand Braudel en Francia, o Juan Reglá entre nosotros, manteniendo asimismo analogías con una parte del trabajo de Julio Caro Baroja, etc. Teniendo presente las posturas de nuestro autor que llevamos vistas, vamos a referirnos ahora a otras mantenidas en la historiografía de nuestro siglo.

Braudel subraya la interdependencia de todas las actividades humanas, cómo todas se hallan en función de las demás en cualquier «situación», de manera que la historiografía no puede ser reduccionista, no podría pretender explicar lo histórico por un solo factor determinante: «Para mí la Historia —proclama— es la suma de todas las historias posi-

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ «Quiero que mi respuesta discrepante —decía a la letra— sea un homenaje. Discrepar y estimar es una doble función enriquecedora que pocas veces ejercita el español. Yo, que tanto disiento de tesis y opiniones que he visto circular a mi alrededor, creo sinceramente que en practicar aquel doble ejercicio se encuentra uno de los goces más exquisitos, moral e intelectualmente» (*Ibidem*, p. 15).

²¹ J. A. Maravall, «La cultura de la crisis barroca», *Historia* 16, Extra XII, 1979, pp. 80-89: p. 81 b.

²² *Cfr.* como una referencia inicial de Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, trad. cast., Barcelona, 1985.

bles... El único error a mi modo de ver radicaría en escoger una de estas historias a expensas de las demás»²³. En efecto el error historizante o historicista consistirá en todo reduccionismo, en creer que uno solo de los órdenes de realidad —la intelectual, económica, política, ... —sirve para explicar los demás; las series de lo real (lo literario, lo económico, lo religioso, etcétera) no son autónomas, sino que junto a lo que presentan de propio e inmanente tienen aspectos inducidos por las otras series.

El solipsismo del individuo tampoco existe, advierte Braudel: todas las aventuras individuales se basan en una realidad más compleja, y así no ocurre sólo que los hombres hagan la Historia, sino que «la Historia también hace a los hombres y modela su destino»²⁴. Ni los componentes históricos actúan separadamente hasta dar en la facticidad concreta ni los individuos se deben nada más que a sí mismos; lo histórico resulta estructural en cuanto es situacional y relacional. La cronología lineal del calendario esconde en realidad cronologías superpuestas y acciones e interacciones históricas superpuestas.

Lo estructural en la historia es «una coherencia» —proclama en conocido pasaje Braudel—, «una realidad que el tiempo tarda... en desgastar», un sostén y un obstáculo, ...²⁵. Existen estructuras en el sentido de «épocas» o períodos (el Renacimiento, el barroco, etcétera), y estructuras en el sentido de configuraciones u organizaciones de algo (de la vida social, o económica, ...), y en ambos casos se trata en efecto de coherencias y realidades que tienden a la larga duración, y a la vez a apoyar y a obstaculizar a los hombres.

Distinguimos dos acepciones del concepto «estructura» en historia; con el mismo nos referimos bien a una situación o época, a un período del pasado, o bien a la distribución u orden, a la configuración dada de cualquiera de los componentes de la vida de los hombres. De la estructura en el sentido de una situación pretérita es de la que dice el historiador francés que «es imposible que se repita en su totalidad», dado que ciertamente se trata de una unicidad específica y diferenciada en el transcurso del ocurrir temporal²⁶.

Las estructuras todas de la vida social no se suceden linealmente sino que se superponen, y cada cierta duración dan un «conjunto» identificable del pretérito (la España ilustrada, por ejemplo); el estudioso ha de saber trazar con nitidez los procesos complejos a los que asiste, para delimitarlos y en la medida de lo posible establecer su concurrencia. «El historiador fiel a las enseñanzas de Lucien Febvre —decía bellamente Fernand Braudel— aspirará siempre a aprehender el conjunto, la totalidad de lo social. De ahí que se vea llevado a poner en contacto niveles, duraciones, tiempos diversos, estructuras, coyunturas, acontecimientos»²⁷. Ya decimos que la historia consiste en el análisis de diferentes tiempos o duraciones de las estructuras, en análisis de distintos rasgos estructurales y de las configuraciones o formaciones de lo social que aparecen establecidas en el fluir temporal aparentemente lineal.

Las épocas históricas presentan una unicidad situacional; no se trata en términos estrictos de que en ellas unos factores actuantes determinen la presencia de otros de modo inexorable o fatal, sino de que en presencia de los primeros pueden producirse los segundos en el conjunto de un todo único e irrepetible. La historia del pensamiento se determina en parte a sí misma, y en parte está impregnada de lo social general, pero precisar con adecuación esta incidencia de lo social todo no es fácil, y habrá que ser muy escrupu-

²³ Fernand Braudel, *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Ed., 1968, p. 75.

²⁴ *Ibidem*, pp. 26-27.

²⁵ *Ibidem*, pp. 70-71.

²⁶ *Las palabras braudelianas*, *ibidem*, p. 112.

²⁷ *Ibidem*, p. 125.

loso con lo inmanente y lo externo en cualquier historiografía intelectual. El historiador francés lo expresa gráficamente: «Lucien Febvre insistía con razón en contra... de una historia autónoma de las ideas, en los derechos de la historia general atenta al conjunto de la vida, del que nada —como no sea arbitrariamente— puede ser disociado. Pero reconstruir su unidad viene a ser como buscar sin término la cuadratura del círculo»²⁸.

La historia de las ideas tiene algo de autónoma; en ella se da un proceso inmanente que se determina a sí mismo (para llegar a ciertos resultados intelectuales antes hay que haber llegado a otros, etcétera), pero a la vez no deja de tener asimismo la huella de lo social, las señas de identidad de un tiempo histórico y de sus distintas formaciones sociales; hacer bien a la historia intelectual (historia de las ideas, del pensamiento, de las mentalidades...), significa en efecto una búsqueda casi sin término, una difícil y casi inacabable tarea para el estudioso²⁹.

Distintas concepciones de las que venimos viendo expresadas por Fernand Braudel resultan equiparables y análogas a las mantenidas asimismo por Maravall: la historia entendida en tanto suma de todas las historiografías posibles; la unicidad irreplicable de cada «estructura» temporal del pasado; el cierto condicionamiento que se deriva para los hombres de esas formaciones estructurales en las que viven... Braudel expresó con belleza en otra obra suya la unitariedad de las diferentes actividades y manifestaciones de los hombres, y escribía en este sentido:

Una economía nunca está aislada. Su terreno y su espacio son también aquellos en los que se instalan y viven otras entidades —la cultura, lo social, la política— que no cesan de mezclarse con ella para favorecerla o también para oponerse a ella. Estas masas son tanto más difíciles de disociar unas de otras cuanto que lo que se ofrece a la observación —la realidad de la experiencia, lo «real real»...— es una totalidad a la que hemos llamado la sociedad por excelencia, el conjunto de los conjuntos. Cada conjunto particular que distinguimos por razones de inteligibilidad está, en la realidad viva, mezclado con los otros.³⁰

Sucede por tanto que la economía es naturalmente política, y cultura, etcétera, y que la cultura es sociedad, economía, política,... Cuando Maravall analizó la cultura del barroco, la explicaba en tanto situacionalmente referida a una crisis social más duradera y profunda incluso que la crisis económica del Seiscientos, y en tanto se constituyó también como un instrumento del que hizo uso el poder político.

Menéndez Pidal

Ya hemos sugerido cómo las concepciones historiográficas de don José Antonio resultan en cierto sentido bastante distintas de las correspondientes a la escuela del «Centro de Estudios Históricos»; nos referimos naturalmente a los estudiosos egregios que se reunieron en esta sección de la «Junta para Ampliación de Estudios»: Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Américo Castro y algunos de sus discípulos mejores, Gómez Moreno —para lo más erudito—, etcétera³¹.

²⁸ *Ibidem*, p. 132.

²⁹ «Ha sido sin duda providencial para la Historia... —dice asimismo Braudel, y puede aplicarse tanto a la historiografía general como a la historiografía intelectual— que Lucien Febvre, al mismo tiempo que demostraba una rara sensibilidad para los conjuntos, para la historia total del hombre considerada bajo todos sus aspectos,... permaneciera sensible con la cultura refinada de un humanista y fuera capaz de expresarlo con vigor, todo lo que hay de particular y de único en cada aventura individual del espíritu. Todos somos conscientes del peligro que entraña una historia social: olvidar, en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino; olvidar, negar quizá, lo que en cada individuo hay de irremplazable» (*Ibidem*, p. 42).

³⁰ F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, trad. cast., Madrid, 1984, III, p. 28.

³¹ Al mencionar la «Junta» y el «Centro» deseamos expresar nuestra identificación personal —intelectual y moral— con ellas. Al estudio de su trabajo y de su significado en la cultura española venimos dedicando una parte de nuestro esfuerzo profesional, lo que estamos llevando a cabo no sin incomprendiones, disgustos y pretericiones por parte de algunos.